

Arcadio PARDO (1928)

Otro tal del lenguaje:
se es la lengua que se habla.

Me transmuto en la lengua que enmaraña
mi conciencia al entorno.

Esta lengua me cambia en oleaje
tardío,
me presta volición de recato,
ordena para nos la confusión del mundo,
da curso de meandro al pensamiento,
disciplina el bullicio del sonido,
me somete a exigencia de norma,
les dicta leyes a los climas,
peina y tala las floras y dirige,
la tentación de rebeldía acalla.

Te suelta sus mastines si te sales
de las cercas.

Esta lengua me vuelve mi otro otro, mi ajeno,
me paralela en vecindad,
pero aúpa y anexiona los dominios
con un distanciamiento del talante
primero.

La otra es la pleamar.

Irrumpe por los vanos del transcurso,
se me hace griterío, ahuyenta los mandatos, desgaja la sintaxis, purifica
tanto significante que se muta
la ventolera en la palabra,

la agresión de morir en la salvaje
vibración de unas sílabas sangrantes.

Dialoga a menudo con los mirlos,
llama páramo al mundo,
da nombre a lo finito e infinito,
define y reencarna las sustancias,
las chupa, las consume, las devora.

Porque ésa
es el incendio primordial,
la manantial, la renacida, la
de las resucitadas estaciones.
Se emerge y se sumerge y se emerge.
Se hace continuidad de discontinuo,
atisba los efectos de la contigüidad,
los reduce a lenguaje.

Esa será la voz final:
la naciente, la estante, la brotante.

Efectos de la contigüidad de las cosas (2005)

Tuve un amor secreto por los sitios,
por los hogares que olían a hollín en las aldeas;
he sido amante de los tiempos, de vibrantes indicios,
di mi amor a muebles que exalta el frote de la cera,
a techos inclinados, a cuartos abuhardillados como el mío de Ruán
desde donde veía la cima de la flecha de la catedral
más alta que las nieblas.

He tenido un amor irrompible por los lugares y las cosas que vi;
me enternecen parajes que no supieron mi ternura,

estelas humeantes que no supe querer y ahora proclamo.
He sido amante de un armario, de una robusta viga campesina,
de arcones que tenían territorio en salas y pasillos,
de descansillos de escalera antigua,
y fueron residencia de secretos ya diluidos por los espacios.

Di mi amor a unos balcones forjados de Ortigia,
a zócalos de madera tallada como pliegues de cortina
que aún sobreviven en algunas parroquias;
he amado el olor de los cirios, de las humildes velas
en las iglesias de oriente,
sigo enamorado aún de mis ropas envejecidas,
de documentos que copié, de postales irreconocibles,
de tapetes inutilizables, de recipientes de barro, alguno de ellos
traído de una aldea mejicana, junto a mí, en mi mesa de trabajo.

De los helechos fosilizados, de los papeles de las escribanías:
amor nunca frustrado que los días van mermando
pero que revive cada que el tiempo recupera
un signo, un objeto extraviado, un mueble que renace,
un inicio de escritura, la imagen del residuo de una olmeda,
un pañuelo de seda que me perteneció,
algo cualquiera que reanuda
lo que es con lo que es sólo supervivo.

El mundo acaba en Tineghir (2007)

A algunas cosas ya les he dado otra residencia:
atuendos, libros, y otras enlazadas con la historia asumida,
junto a otro respirar ya las he puesto.
Yacen en él y junto a él. Tienen otro aposento.
Prendas algunas que me vistieron la lozanía,

otros miembros protegen, provocan o adormecen;
irán algunas por las alamedas irguiendo la seducción,
otras quizás por la intemperie de los andamios,
viste alguna un guardián en un museo, o algún sin ni su sitio ni sin nada.

—«Le traigo unas postales». Las acepta el anticuario:
son casi un centenar; toda la teogonía azteca está en ellas,
estatuas fieras, repelentes casi, vasijas de extraña faz,
dioses de tan augusta fealdad.
Las dará a los ancianos, las muestren a su progenie,
les hagan en ellas relación de sus dolencias,
mientras se internan en fantásticos viajes que no hicieron ni harán.

Me ha volado a las manos un enjambre de pájaros:
viene de Anáhuac: pequeños como dátiles, de una arcilla rugosa,
decorados a mano, de marrón sobre ocre,
bellas aves que erraron sus migraciones y un día ya agotado,
se me vinieron a mis cercanías, me turbaron la sangre,
las recogí.
De ese calor me desprendo también.

Recupero asombrado unos vestigios que me traje de la cueva de Brassempouy:
lascas de sílex, alguna punta de flecha deteriorada,
colmillos de jabalí de las edades del sol,
otros que nunca supe.
Ocultos me los tuve detrás de enseres inservibles.
No tienen dueño aún. Los pondré en unas manos sorprendidas.
Me los lleve quizá conmigo a lo Otro.

Piedras me salen que hallé en sus territorios:
trozos de mármol de Éfeso, lavas de los volcanes,

minerales del Atlas, de ámbar de las regiones bálticas,
y los carbones con sus hojas de helechos incrustadas.
No me resumo a desprenderme de ellas
aún.

Puede las abandone cualquier día en el bosque.

Mudo las apetencias que fueron sed de cada día,
y poco a poco, a temporadas, extraigo cosas de mi alrededor,
las embellezco con la luz inaugural de su recuperación,
las desproveo del amor que las tuve,
mis huérfanas las hago de un amor que pretendo ya caduco.

Me desperdigo así mi residencia, de tal
que me sumo en el gozo de estar en mí y de no estar,
y serme uno y múltiple, disperso en mis atuendos,
en mis cosas que a otros extasían.

De la lenta eclosión del crisantemo (2010)

La tierra es casi pétrea, enjuta, dura,
añosa, paramera, agrietada,
de terrón.

La tierra es más tierra que *la terre*.

Esta se desmenuza y desmorona,
apenas tiene fondo, lo que llaman
la capa vegetal.

La otra es inmensurable hacia su hondura.

El aire es más aire que *l'air*.

Más varón, el aire vigoroso y duro
y seco y cierzoso.

El aire es más antiguo que *l'air*.

L'air es todo de feminidad,
roza, resbala, pasa.
Excepto aquel de Jouques de mi antaño.

Los muertos son más muertos que *les morts*.

Los muertos no persisten ni duermen
ni están.

Andan *les morts* por sus jardines, oyen,
si algo musita junto, ellos te escuchan,
te saben.

Les morts convocan a gentío, los muertos no.

Los muertos son definitiva piedra,
ni escuchan ni oyen ni caminan
por sus páramos.

Ni son los ojos de mirada igual
que *les yeux*.

Les yeux se gozan en los frutos, en el color, en las variantes,
se rocían de pétalos, memorizan
la belleza.

Los ojos son espías, y si a ver
qué rojez en los labios esta tarde, qué desvíos de ellas en él,
y si otros ojos a su alcance, miran,
se hurtan, se huyen. Se van.

Ojos aún de caverna
que miran mientras ven.

Ni el olvido es lo mismo que *l'oubli*.

El olvido es más olvido que *l'oubli*.

L'oubli es un laberinto que te pierde,
te reencuentra y recupera,

vuelve a perderte y, a sus tiempos,
tras silencios y oscuridades y abandonos,
un día te rescata y le eres de nuevo su sirviente.
El olvido destruye, te abandona,
te así que te anonada.
El olvido, lo olvido, lo sin *la terre*,
lo sin *l'air*, lo sin *les yeux*, lo sin *les morts*,

Todo eso creo hoy.

De la naturaleza del olvido (2016)

Poema inédito

A la espera de que aparezca uno,
o en grupo.
Suelen posarse al fondo del jardín,
buscan residuos del ramaje, de pistilos, de grano.
Uno me asombra, rojo y blanco y amarillo; permite
que le observe y se oculta, y vuela a otro confin,
y regresa.

Puede que sea el mismo de siempre
que se encarna y renueva cada año,
cada vez, cada mi asombro.
Yo sí sé que es el mismo:
regresa y reconoce su dominio,
debe de escucharme la respiración
y sabe que le atisbo.

Y que sé que regresa
cada septiembre de cada milenio,
que antes de los milenios ya venía a esta parcela mía,

desde que el tiempo inaugural le impone
su descenso al dominio a ver qué quién
le está esperando y mira y absorbe su radiante
milagro.

Presente y cercanías del presente

Encuentros con mi Poesía

1

Siempre es un riesgo pensar en la propia poesía y adentrarse en ella como en algo ajeno, objetivarla en suma. Pero también es cierto que la convivencia de más de medio siglo con su escritura procura cierto distanciamiento que puede permitir desbrozar esa selva acumulada.

Porque creo que mi poesía tiene, en efecto, algo de selva por la variedad de sus componentes, todos ellos venidos a los poemas como una irrupción natural y su crecimiento progresivo.

Ahora sé que el lenguaje debe obedecer al instinto del poeta. Que el poeta domina o domeña y provoca el desorden del lenguaje cada que la irrupción del poema lo necesita. El libro que yo considero inaugural de mi obra, *Soberanía carnal*, cuaja en un lenguaje soberanamente libre, destructor, pero para mí de una naturalidad y hasta de una corrección tan legítima o más que la corrección académica.

Mis libros sucesivos han ampliado esas posibilidades hasta –me dicen- crear una sintaxis encantada, encandilada, hechizada, que se concreta en múltiples formas.

Se suele distinguir entre significante y significado. No hay lo uno sin lo otro. Es más, para mí significante y significado son uno. Por lo que esas formas de sintaxis quebrantada son a su vez el contenido mismo del poema, puño cerrado apretando conjuntamente algo de lo que emana la voz.

Mi poesía se ha creado en la lejanía, liberada de la circunstancia y de la presión literaria nacional. Ahondamiento en lo contingente para entrar en la amplitud: no mi tiempo, sino el Tiempo, no la diversidad sino lo uno: los géneros parcelan, fragmentan. El instinto me ha llevado a pensar en neutro, a dar nombre de *sú* a la esencia suprema de los seres, a una conformidad con el entorno múltiple que he tenido la suerte de vivir y que nunca me es ajeno. Llego a creer que el conocimiento más alto se asienta en lo final, no en la senectud, sino en lo *senecto*. Por lo que esa vivencia de disfrute de todo lo adquirido y heredado es como una juventud reencarnada en los

confines de la vida.

No consigo dilucidar por qué llego a la convicción de que el Tiempo es uno, sin principio ni fin: *No habrá fin de los tiempos* dice un poema relativamente reciente. Tampoco sé por qué hay en mí el arraigo siempre renovado de lo atávico, la desazón de ir a buscar en las primeras oleadas de la vida algo como el asiento de la perpetuidad. Por lo que es frecuente en mi obra la presencia de lo histórico, que no es mera anécdota, sino con-fusión con lo infinito anterior que cada día se implanta. Por lo que es frecuente en mi obra igualmente la perspectiva hacia la inmensidad: la lejanía, los confines, el universo, el cosmos en suma.

2

No sé por qué uno es poeta y otro no. No sé qué es lo que ha provocado en mí este ejercicio de crear poesía. No sé por qué en un momento irrumpe el poema generalmente inesperado. Leo en algunos poetas que el poema les nace a partir de un ritmo, de una música. Yo diría que hay en el nacimiento del poema algo brusco, no musical, sino como una iluminación repentina que se manifiesta en unas palabras iniciales, en un verso soberano que solicita crecer y prolongarse. Lo suelo llamar «ardimiento» que no es inspiración, ni enajenación como otros pretenden, sino estado de gracia que algo ha provocado y que florece en el poema naciente. Terminado el poema, entra uno en período de inquietud y de espera. ¿Vendrá otro poema después? Escribir poemas es ir aplazando la muerte, rechazarla a más tarde; cada poema la aleja del presente. Porque todo sigue inacabado, incompleto, irrealizado en su totalidad, en su inalcanzable totalidad.

La poesía no lleva al conocimiento. La poesía es conocimiento. No conocimiento razonado, sino instintivo, explosivo y frecuentemente en contradicción con el conocimiento científico. Hay quien pretende que el conocimiento del poeta es precursor a veces del otro, o más lúcido. El poeta no sabe por qué, pero sí sabe que lo que dice es la suprema realidad. Y que el poema es siempre una insustituible sorpresa.

Otra intriga: para quién escribe el poeta. Yo diría que para él mismo, primero. Mi trayectoria de poeta paralelo, separado, me asienta en esa convicción. Y también escribe para los otros, después. Esos Otros que no son sólo los circundantes o los alejados en el espacio, sino los Otros que vendrán en los siglos futuros. Esos quiero «*que me piensen*» y me revivan y que reanuden estas vivencias más de ahora en el tiempo de lo por venir.

Tampoco le es dado al poeta asentarse en un momento, en una corriente. ¿Es uno clásico,

romántico, modernista, o esto o aquello? Mi circunstancia me ha favorecido instalándome al margen de esas preocupaciones o de esos modelos contemporáneos o no. Y me ha ocurrido sorprenderme al considerar la variedad de tendencias sucesivas que se han dado desde mi juventud. No tengo la conciencia de incluirme en ningún movimiento, en ninguna generación. Ni he laborado según reclamaciones del momento. Mi obra se ha hecho como asentada a la orilla de los transcurso. Y ahí se ha encontrado bien y ahí se encuentra bien todavía.

Chaville, septiembre de 2018.

Nuestro profundo agradecimiento a Arcadio Pardo por sus poemas y su poética, tan generosamente entregados.

(Las editoras)